

FÁBULA, SÁTIRA Y EPIGRAMA: Fedro, Juvenal y Marcial

LA FÁBULA. Fedro

La fábula latina remonta sus orígenes a un tipo de literatura popular. Se trata de un relato en el que los personajes son animales que tienen un comportamiento muy parecido al de los hombres, con sus virtudes y sus defectos. La fábula suele concluir con una breve sentencia o moraleja con la que se pretende adoctrinar al lector en el sentido común y la sensatez.

Sin embargo, también se encuentra en la fábula latina un alegato contra las clases dominantes y los abusos de poder, enmascarado bajo los símiles y metáforas a través de los cuales hablan los animales, razonan y critican. Esta intención moralizadora, por tanto, no va sólo dirigida a la clase inculta o iletrada, que parece ser destinataria propia de la fábula.

Fedro (15 a C.–55 d.C.)

Fue un esclavo –como su modelo literario, el griego Esopo– llevado a Roma en tiempos del emperador Augusto. Sus cinco libros de fábulas están compuestos en el verso propio de los diálogos de la comedia. Su intención era entretener y divertir a su público, pero también combatir las injusticias sociales. De hecho, en el prólogo que el propio autor compuso para su libro tercero, se dice que la fábula se inventó “para que el esclavo pudiera decir, de modo indirecto, lo que no se atrevía a manifestar abiertamente.

Fedro innova el género fabulístico introduciendo nuevas anécdotas, asuntos eróticos y algunos tópicos tradicionales. Ensancha así las fronteras del género y lo acerca a la novela o al cuento popular.

Algunas fábulas de Fedro se han hecho populares y han sido traducidas y adaptadas en casi toda la literatura europea (*La zorra y las uvas, El lobo y el cordero...*) En general se puede hablar de que la fábula latina proporcionó a la literatura europea medieval una gran influencia mediante un proceso de moralización y cristianización de los modelos

fabulísticos antiguos o de su interpretación alegórica (La Fontaine en Francia s. XVII o Iriarte y Samaniego en España s. XVIII).

LA SÁTIRA. Juvenal

En su origen la palabra *sátira* – de posible etimología etrusca– designaba una especie de composiciones dramáticas que combinaban el canto, la música y la danza mímica y que tuvo cierta importancia en el desarrollo de la comedia latina. Como género literario, es quizá el más característico romano, aunque podemos reconocer en él diversas influencias griegas:

- Los filósofos cínicos y estoicos, con sus enseñanzas callejeras, que improvisaban divertidas charlas de propaganda filosófica llamadas diatribas.
- La comedia ática griega.

Se considera que el creador del género como tal fue el poeta **Lucilio**, aristócrata romano del s.II a.C., del círculo literario–filosófico de los Escisiones, que combatió en hexámetros dactílicos todos los defectos humanos, políticos y sociales de su tiempo.

Un siglo más tarde, **Varrón**, partidario de Pompeyo, trató problemas morales imitando el estilo del cínico Menipo de Gádara en sus *Sátiras Menipeas* mezclando la prosa y el verso.

El poeta **Horacio**, también en el s.I a.C., en sus *Epodos* y en sus *Sátiras* mezcla la sátira personal y la filosofía moral, aunque de modo menos violento, más tolerante y moderado que Lucilio y también más escrupuloso en la forma.

En la primera mitad del s.I, durante el reinado de Nerón, el poeta **Persio** compuso seis sátiras y con las que se convirtió en fogoso propagandista de la escuela estoica. Pero por su difícil estilo ha sido considerado el más oscuro de los poetas latinos.

Juvenal (60–130 d.C.)

Es el poeta satírico por excelencia. Su época era ciertamente propicia a la sátira, pues vivió el extenso periodo desde la dinastía Julio-Claudia a los Antoninos. La depravación que impusieron algunos de los emperadores de la primera dinastía perduró en Roma largo tiempo.

Compuso 16 sátiras en las que escribe contra los males y vicios de aquellos tiempos: el dinero, que corría a raudales corrompiéndolo todo a su paso; el sexo, cuya obsesión había convertido a Roma en un nido de depravaciones, y los extranjeros, especialmente griegos y orientales, que habían hecho de la ciudad un lugar irreconocible para los propios romanos. Sin embargo Juvenal fue moderando su cólera con los años y se aplicó a temas más generales de inspiración filosófica que pueden extrapolarse a cualquier momento y lugar de la historia.

A pesar de la virulencia de algunas de sus sátiras, Juvenal evita con astucia la posibilidad de ser acusado de difamación, eligiendo como blanco de sus burlas a personas que ya han desaparecido, jugando con la ambigüedad de los nombres latinos o usando perífrasis para designarlos sin nombrarlos de forma directa. No obstante, su talento reside en la capacidad de evocar mediante algunos versos lapidarios, un verso magistral y una sorprendente riqueza de vocabulario las pasiones y miserias que degradaban la sociedad de su tiempo.

EL

EPIGRAMA.

Marcial

El epigrama era una inscripción breve en verso o en prosa grabada a modo de epitafio en un monumento; su objetivo era recordar a la persona allí sepultada –en el caso de una tumba– o representada –en el caso de una escultura–. En su mayoría se escribían en verso, el dístico elegíaco, y eran breves.

Con el tiempo se consideró epigrama a todo poema breve, conciso y con cierto sentido de la ironía o el humor. La mayoría eran poemas de circunstancias compuestos para un círculo cercano de amigos. Se utilizaba también para dirigirse a la persona amada y como instrumento de reproche con el que fusilar a rivales y enemigos.

Marcial (40–104 d.C.)

Con él el epigrama latino alcanza su apogeo. Natural de Bilbilis (Calatayud) en Hispania, al llegar a Roma se ve obligado por la necesidad a someterse al sistema de la clientela para vivir. Su genio le abre la puerta de los círculos literarios. Estuvo así en contacto con todas las clases sociales. Al final de su vida regresó a Hispania.

Compuso cerca de 15000 epigramas, pero no todos son poesías satíricas. Hay también piezas de circunstancias de una gran variedad temática: agradecimientos, descripciones, cumplidos y adulaciones, peticiones de apoyo económico.

Aunque su obra satírica es violenta y mordaz – escenas callejeras, burlas, reproches y todo tipo de anécdotas picantes –, permanece en ella un fondo espiritual y sincero. Llega a confiar a sus versos confidencias personales que revelan a un hombre incapaz de contentarse con la vida monótona de su pueblo natal, pero también de enfrentarse a las humillaciones que Roma reservaba al poeta necesitado.

Marcial es un poeta de primera calidad. Su genio se amoldaba perfectamente al poema breve y satírico (destaca sobre todo el carácter inesperado y sorprendente de su verso final). Su obra es de una sobriedad clásica. Sin embargo le faltaba esa fuerza moral para penetrar en las causas profundas de la decadencia romana.